

tratado por medio de procedimientos demasiado rígidos y demasiado simétricos. Cito el hecho únicamente para demostrar que, en lo que se llama nuestro furor descriptivo, casi nunca obedecemos á la sola necesidad de describir, sino que intervienen siempre en nuestro propósito intenciones sinfónicas y humanas. La creación entera nos pertenece y la hacemos entrar en nuestras obras, soñando con el arca inmensa del diluvio. Es empequeñecer injustamente nuestra ambición eso de querer encerrarnos en una manía descriptiva, concretándonos á la imagen con más ó menos propiedad pintarrajeada.

Y acabaré con una manifestación: condensa en absoluto en cualquier novela ó estudio humano toda descripción que no sea, según la definición que he dado más arriba, un estado del medio que determina y completa al hombre. Harto he pecado para que se me niegue el derecho de reconocer la verdad.

TRES DEBUTS

Leon Hennique.

Un libro de principiante es una virginidad. Antes de abrir las páginas se experimenta la emoción de lo desconocido. ¡Quién sabe! Tal vez hay en este libro la primera manifestación de un gran talento. Pasa una mujer cubierta con un velo; nos late el corazón, la seguimos. ¡Dios mío! ¡si será la que esperábamos! Yo bien sé que las mujeres y los libros producen hartas desilusiones; la mujer es fea, el libro nos da sueño. No importa, se ha disfrutado el encanto de la esperanza.

Acabo de experimentar este goce, no muy común, leyendo la *Dévouée* de M. León Hennique. En ella se va de descubrimiento en

descubrimiento; se admira una voz nueva; se dice sencillamente: « ¡Cómo! ¡este muchacho tiene ya tanto talento! » Y esto implica un gran elogio, á pesar del giro chistoso de la exclamación. Cuando recibo la última novela de un escritor cuyas buenas cualidades ya conozco, sólo experimento el placer de confirmar una vez más esas cualidades; pero aquí se me ofrece una tierra desconocida, de que toma posesión mi entendimiento.

He aquí, en pocas palabras, el asunto. Un tal Jeoffrin, nacido del capricho de un estudiante y de una muchacha, ha crecido en un hogar obrero. Quiso ser relojero, y luego, una vez reunido cierto capital, le acometió la fiebre de los inventores y se entregó por completo, con todo su corazón y su inteligencia, al problema de la dirección de los globos. El tal Jeoffrin es un héroe moderno, como le llama M. Hennique, con una terrible verdad; quiero decir, que lucha en nuestra sociedad, sin ningún escrúpulo, hasta canallescamente, haciendo sus negocios como hombre hábil y que no se para en barras; entonces empieza el drama. Jeoffrin tiene dos hijas, Micaela y Paulina, á las cuales, un tío suyo ha dejado

cien mil francos, cincuenta mil á cada una. Pero sucede que el padre se encuentra falto de recursos; su invento le ha consumido una fortuna, y se agita en una impotente rabia al verse con las manos atadas, justamente en el momento en que cree haber hallado la dirección de los globos. Si tuviera dinero suyo sería el éxito, el triunfo. Intenta, primero tomar á préstamo de Micaela sus cincuenta mil francos, pero ésta se niega, porque aquel dinero es el último pedazo de pan de la familia. Y desde entonces la idea del crimen brota en el cerebro de Jeoffrin, naturalmente, como una planta que debiera crecer en él algún día. Comienza por envenenar á su hija Paulina, y después prepara las cosas para que se acuse del crimen á Micaela, que es detenida, juzgada y guillotina. Jeoffrin se ha desembarazado de las dos hijas que le molestaban, y hereda cien mil francos. ¡ Por fin podrá construir su globo! Aquí acaba la historia. Es sencilla y espantosa.

Debo decir que este asunto me turbó profundamente, y que en tal turbación había al principio una especie de rabia contra el novelista. ¿ Por qué un drama tan negro? La vida

es más trivial, los acontecimientos se desarrollan en ella con más sencillez. Después, y aun aceptando el drama, Jeoffrin me inquietaba, porque desnaturalizaba mis ideas preconcebidas respecto de los inventores, á quienes yo consideraba, no sé por qué, como manifiestamente dulces é inofensivos. Este, verdaderamente, mataba á sus hijas con demasiada facilidad, siendo así que, á mi juicio, habría podido apoderarse de los cien mil francos sin emplear medios tan radicales. Otras muchas objeciones se presentaban á mi imaginación; en una palabra, me desagradaba el asunto, me costaba trabajo aceptar á Jeoffrin.

Aquí llegaba, y volvía á leer algunas páginas, cuando en el fondo de mi imaginación una voz, débil al principio, me dijo: «¿Por qué no?» Aquél era el primer movimiento de duda. El tal Jeoffrin me asediaba, obligándome á discutir conmigo mismo á todas horas del día. Y se agrandaba y se imponía poco á poco y adquiría unas proporciones cada vez mayores. En efecto, ¿por qué no? ¿Por qué aquel hombre no había de matar á sus dos hijas, arrastrado por su pasión, que hacía girar todo su ser alrededor de una idea fija? Podrían citarse

cien hechos de esa especie. Por otra parte, Jeoffrin está admirablemente presentado; el análisis del novelista nos le muestra tal como debe ser; el asesinato no es, tratándose de él, sino un desarrollo natural. Hasta llegué á pensar que si no hubiera matado, habría quedado incompleto el tipo de aquel bribón.

Tales fueron las impresiones que pasaron por mí antes de convencerme de que Jeoffrin es una creación originalísima, atrevida, arrojada por una mano vigorosa y estudiada después de una manera completamente científica. Notad que el personaje continúa siendo un hombre excelente, sin tener nada de traidor de melodrama. Envenena, como padre de familia que quiere hacer las cosas en regla. Es un cómico que desempeña de una manera maravillosa el papel de la hipocresía. Quiere, más que á sus hijas, á su globo, y sacrifica á sus hijas, cosa que debió parecerle perfectamente justa. ¿Es un hombre de genio? Tal vez. ¿Es un loco? Bien puede ser. Es el abismo humano: he aquí lo único que sabemos. El asesinato, tratándose de él, no es más que el estado agudo de la inteligencia. Le produce á uno escalofríos, y no puede olvidarse jamás á este

hombre terrible, que es un coloso desequilibrado.

Me he detenido demasiado al hablar de Jeoffrin, porque constituye el libro entero; pero, aparte de él, ¿qué de personajes secundarios, pintados de un solo rasgo! Citaré al comisario de policía Barbelet, á las señoritas Thiry, al joven Guy de Lassalle y al bohemio Poupelad, figuras estas dos últimas dibujadas aún con más viveza. M. Hennique posee, á mi juicio, el don de creación que anima un personaje, le coloca en su propia atmósfera y le da la fisonomía natural y la voz adecuada. Para crear, basta con una frase; pero es preciso tener el sentido de lo real, y yo conozco escritores de indiscutible mérito como estilistas, que agotarían su mente, por espacio de meses enteros, para llegar á perfeccionar una frase sin infundirla un soplo de vida.

El novelista se contenta con desarrollar ante nosotros cuadros tomados de la existencia cotidiana. He aquí lo que ha visto; ha recogido los detalles, reconstruye el conjunto y al lector le toca, por su parte, sentir y reflexionar. En esto estriba por completo el método naturalista. Una obra no es más que una evocación

intensa de la humanidad y de la naturaleza. Se trata de introducir un pedazo de la creación en una obra que el público lee después como si él mismo entrase en el medio descrito y entre los personajes analizados.

El primer capítulo de la *Découée* es sencillamente el relato de un paseo de Micaela y su padrino Barbelet por medio de las tierras que rodean los Moulineaux. Su conversación está entrecortada por descripciones de aquel sitio del arrabal parisiense; el crepúsculo va descendiendo lentamente, el sol se esconde tras de París. El escritor, que, á pesar de su juventud domina ya su estilo, se complace en amontonar dificultades para vencerlas; pero ¿quién se atrevería á condenar en absoluto este amplio exordio, esta conversación que establece los hechos, estas descripciones que inician la sombría historia? Jeoffrin vendría á ser imposible si tras él no se viese á París exhalando los vapores de la noche.

El segundo capítulo es una comida en casa de Jeoffrin y en la cual M. Hennique ha reunido á todos sus personajes secundarios. La escena no puede ser más animada... Pero no puedo analizar de esta manera cada capítulo, y

tengo que contentarme con indicar los que de una manera más viva me han impresionado, empezando por el soberbio cuadro de la muerte y entierro de Paulina. El efecto es sorprendente, y sin embargo, no tiene nada de enfático: allí no hay más que hechos menudos, observaciones exactas y una realidad implacable que poco á poco nos oprime la garganta y llega á la más violenta emoción.

A mi juicio, el trozo más admirable del libro es aquel en que describe el día que pasó Jeoffrin después de la ejecución de Micaela. Se había refugiado en un hotel de Montmartre. No sabe nada, entra en una tienda de vinos, donde pide un bifeck, y sólo entonces, al echar la vista sobre un periódico, es cuando sabe que su hija ha sido guillotínada aquella misma mañana. Esto le produce una aguda punzada en el corazón. Pero se le apareció su aerostato en medio de un cielo azul, evolucionando sin dificultad, subiendo y bajando á capricho del inventor, volando á derecha y á izquierda, como un águila domesticada. En seguida como el bifeck y pide alcachofas. ¡Por fin ya es libre!

Jeoffrin sigue pausadamente por los bule-

vares tomando el sol; siéntase ante una mesa del café Riche estimulado por la sed. Bebe, pero la sed continúa y siente pesadez en las piernas. Se levanta y entra en otro café, donde, pasado un rato, traba conversación con un concurrente vecino. Copiaré aquí algunas líneas:

«Con la boca pastosa, experimentando la necesidad de hacer una confidencia al primero que se presentase, y después de dialogar un instante consigo mismo, dice:

—» Esta mañana han guillotínado á mi hija.

»Y como el hombre coloradote se sonriese con aire incrédulo, añadió:

—» ¡Palabra de honor!»

Cena aquella noche en casa de Bréban y después se va al teatro de Folies Bergères. La embriaguez va subiendo. No puede Jeoffrin aplacar su sed. Nada de remordimiento; sólo siente que se le abrasa la garganta. El día ha sido bochornoso y estalla de pronto una violenta tempestad. Con la terquedad propia de los borrachos, Jeoffrin se empeña en ir á los Moulineaux para ver de nuevo el modelo de su globo, una especie de juguete que tiene

en su despacho. Merece leerse la descripción de aquel viaje bajo la lluvia y entre el lodo, resbalando, cayendo y levantando, sin acobardarse ante las exhalaciones que pasan sobre su cabeza. Por fin llega. «En el mismo sitio de siempre, el modelo de aérostat, bajo su cubierta, experimentaba un ligero balanceo; parecía dotado de vida. Jeoffrin le descubrió y el globo se elevó un poco...»

Aquí me detengo, y creo haber dado una idea de la *Déroulé*, que es, en mi concepto, un notabilísimo *debut*. Es necesario que M. Hennique trabaje; tiene el sentido de lo real, el don de creación y posee además una ejecución flexible y sólida. Cuando, merced al trabajo, haya desarrollado algo más su expresión personal, será de seguro uno de los más vigorosos operarios de la actual época literaria.

II

J.-K. Huysmans

Nada me interesa tanto como la joven generación de novelistas que se desarrolla en

este momento y á la que seguramente pertenecerá el porvenir. ¿Nos dará la razón caminando por la ancha vía del naturalismo inaugurada por Balzac y prosiguiendo la investigación abierta respecto del hombre y la naturaleza? Me considero muy afortunado cuando veo el espíritu analítico y experimental apoderarse más y más de la juventud y hacer salir de sus filas nuevos combatientes que vienen á luchar al lado de los viejos por la conquista de la verdad.

Quisiera que los confeccionadores de novelas y de melodramas indiferentes para el pueblo, tuviesen la idea de leer las *Hermanas Vatard* de M. J.-K. Huysmans, para que viesen al pueblo en su verdad. Sin duda exclamarían: ¡esto es una basura! Harían afectados gestos de asco y hablarían de tomar unas pinzas para volver las páginas; pura comedia de hipocresía, pero que siempre entretiene. Es de rigor que los embadurnadores literarios insulten á los escritores, y hasta me causaría pena si no se insultase á M. Huysmans. En el fondo estoy tranquilo, se le insultará.

Nada más sencillo que este libro, que ni siquiera es una gacetilla, porque una gacetilla

exageración! Pues bien, entrad, si os atrevéis, en un taller de encuadernaciones, preguntad, inquirid, haced una indagatoria y veréis que M. Huysmans se ha quedado muy por bajo de la verdad, porque es imposible estampar ciertas cosas.

Todo ese medio obrero, ese rincón de miseria é ignorancia, de tranquila inmundicia y de aire naturalmente apestando, ha sido tratado en las *Hermanas Vatard* con escrupulosa exactitud y energía de pincel extraordinaria.

Vienen luego los personajes, que son retratos maravillosos de parecido y de ejecución. Tened por seguro que han sido tomados del natural.

Aquí tenéis al señor Vatard, á quien sólo preocupan dos cuidados: la enfermedad de su mujer y los amores de su hija Celina, cuya primera falta no dejó de afectarle. Copiaré algunas frases: «Tuvo un momento de tristeza, pero tardó poco en consolarse. Desideraría si hallaba ya en edad de cuidar y de reemplazar á su madre; y respecto de Celina, el mejor partido que pudo tomar el padre fué el de hacer la vista gorda á sus calaveradas. Por lo demás, había procedido como padre, afeitándola

y vituperándola, en términos propios de tribunal correccional, por su crapulosa conducta; pero ella se enfadó, revolvió la cosa y amenazó con saquearlo todo si se la seguía fastidiando y cargando de aquel modo. Vatard adoptó entonces una extremada indulgencia, y acabó por advertir que, durante la digestión de la comida, le entretenían mucho por las noches las liviandades de su hija.» Aquí tenemos el padre cuyo tipo es tan frecuente en nuestros arrabales, tal como le constituyen la mayor parte de las veces las promiscuidades de la miseria, las degradaciones morales del medio. Hay que convenir, por más que no se quiera comprender, que en el sentido moral no hay nada absoluto, que se deforma y se transforma según las condiciones del medio ambiente. Lo que en la clase media es abominable, en el pueblo no viene á ser más que una triste necesidad.

¡Y en verdad que esa Celina está soberbiamente presentada en su realidad! ¡Hay millares de criaturas como ella! No se trata de una excepción, sino de una mayoría. Y si no, id á verlo en vez de protestar; veréis la muchacha impura á los catorce años por curiosidad car-

nal. Al principio, la aproximación del hombre la sorprende; después cae, se entrega á diestro y siniestro, apaleada más que acaiciada. Caen sobre ella los golpes espesos como granizo; pero en el fondo, si rabia, si llora, aquello la gusta, constituye su placer. Cuando, á ejemplo de Celina, abandona á algún perdido para ligarse á un hombre de bien, á un señor que usa sombrero de seda, es seguro que volverá, más tarde ó más temprano, á buscar á su granuja, el único que la agrada; y por eso debe ser despreciada, porque, en suma, no es sino la representación del vicio en la más baja esfera, la hembra abandonada que sus apetitos en un medio libre. El vicio en las clases más elevadas no es más decente, así que se presente mejor vestido y cierre las puertas para entregarse á sus refinamientos, inventando monstruosidades en medio de su bertinaje oculto y discreto.

El tipo de Desideria es más raro, pero existe, puede servir de algún consuelo á las almas tristes, y no porque en el fondo obedezca á ideas de virtud, puesto que no sigue realmente más que su instinto. Es una chicuela línfática que se siente inclinada hacia el hombre, y á la que

el ejemplo de su hermana le obliga á ser cauta. Sueña en casarse. No puede darse nada tan bello como su idilio con Augusto, idilio de los bulevares de extramuros, que come en la fonda, pasea por la noche al azar por las largas avenidas, y cambia besos de despedida tras las empalizadas de alguna casa en construcción. Nada de obscenidades; cuando más, alguna tentativa del amante, que es rechazada. Él no quisiera casarse, pero se siente enamorado, y de aquí los proyectos para el porvenir, las largas conversaciones de una simpleza conmovedora, el eterno duo que los idealistas han elevado hasta las nubes y los naturalistas colocan en el borde de las aceras. Este amor en las calles y al aire libre es tanto más conmovedor cuanto que nos codeamos con él en cada boulevard de nuestros arrabales.

Llego al desenlace, una de las páginas más conmovedoras que he leído desde hace mucho tiempo. Los dos enamorados han ido poco á poco enfriándose. Desideria, retenida cerca de su madre, falta varias veces á las citas, y cuando vuelve á ver á Augusto, uno y otro se sienten confusos. El joven piensa ya en casarse con otra, y la muchacha, ahora que su padre

consiente ya en su casamiento, presta oído á su hermana, que la habla de otro hombre. Celina es quien precipita las cosas provocando una explicación, de la que resulta una despedida definitiva. La escena pasa á la puerta de un café, á la esquina del muelle de la Tour-nelle y del boulevard Saint-Germain. No conozco nada que más vivamente penetre hasta el fondo del corazón humano. Todos nuestros amores, todas nuestras dichas soñadas y perdidas, todas nuestras esperanzas sin cesar destruidas y sin cesar renovadas se condensan en aquellas dos criaturas sencillas, que se separan después de haberse adorado, y que marchan cada cual por su lado á continuar legando uno de otro una existencia que se habfan jurado pasar juntos. Su postrera conversación es por demás tranquila; se comunican mutuamente detalles acerca de sus respectivos casamientos, tuteándose todavía; y de pronto, evocan los recuerdos, traen á la memoria lo que hicieron tal día y á tal hora, los ojos se les llenan de lágrimas, y tal vez reanudarían sus relaciones si Celina no se apresurase á separarlos. Todo ha concluido, y ya no son más que dos extraños,

Quisiera trasladar aquí todo el episodio para hacer partícipes á mis lectores de los calofríos que he experimentado al leerle. ¡Qué miseria y qué debilidad la nuestra! ¡Cómo se nos escapa todo ó se quiebra en nuestras manos!

La única crítica que dirigiré á M. Huysmans es cierto abuso de palabras extrañas que quitan de vez en cuando el tono de naturalidad á sus mejores análisis; palabras que abundan principalmente en la primera mitad del libro. Por lo mismo prefiero sin vacilar la segunda, que es más sencilla y más humana.

M. Huysmans tiene un estilo rico de colorido y de relieve, y reviste las cosas y los seres de una admirable intensidad de vida, lo cual constituye su cualidad característica. Creo que no se le tachará de fotógrafo, por más que sus pinturas sean exactísimas. Las personas que han hecho el cándido descubrimiento de que el naturalismo no era otra cosa que la fotografía, convendrán acaso esta vez en que, sin dejar de aspirar á la realidad absoluta, tenemos la pretensión de infundir vida á nuestras reproducciones. De aquí el estilo personal que es la vida de los libros. Si rechazamos la imaginación en el sentido de invención sobre-

añadida á lo verdadero, empleamos toda nuestra fuerza creadora en dar á lo verdadero su vida propia, y la tarea no es tan fácil como pudiera parecer, puesto que hay tan pocos novelistas que posean este don de la vida.

Apuntaré las filigranas de descripción en las *Hermanas Vatard*: la calle de Sèvres, la calle de la Gaieté, todo ese barrio tan característico de Montrouge, el taller de encuadernación, un baile en las afueras, una feria del país de especias, y el paseo á una estación donde maniobran algunas locomotoras. El cuadro está tan saturado de verdad como los personajes.

Evidentemente se va á suponer que M. Huysmans insulta al pueblo. Conozco la escuela política que especula con la mentira, y conozco á esos hombres que adulan al obrero para robarle el voto, y que viven á expensas de esas mismas llagas, á las que no quieren que se toque. Y ¿por qué razón no hemos de hacer la luz, por qué no hemos de sanear nuestros arrabales á golpes de piqueta para que penetre en ellos el aire libre? Ya hemos dicho la verdad á las clases elevadas; digámosla también al pueblo para que se asuste, para

que se le compadezca y para que se le consuele: es una obra digna de los hombres de valor. Sí, esto es lo cierto; una gran parte del pueblo es así, y todos lo saben de sobra, pero mienten por interés de tendero, ni más ni menos. Nuestro menosprecio raya, sin embargo, más alto que su hipocresía.

Deseo á M. Huysmans que se vea arrastrado en los arroyos de la crítica, denunciado á la policía por sus colegas, y oyendo aullar tras sí á toda la trahilla de los envidiosos y de los impotentes. Entonces será cuando conozca su verdadera fuerza.

III

Pablo Alexis

El fin de Lucta Pellegrin me está dedicada, y no ocultaré que su autor, M. Pablo Alexis, es uno de mis antiguos amigos, un muchacho de gran talento, y á quien quiero mucho. Hace diez años le vi apearse en París cierta mañana por una de esas calaveradas literarias que lle-

van la desolación á las familias. Llegaba de Provenza, de esa comarca donde yo he creído, y venía provisto de grandes esperanzas y de esa hermosa pereza de los temperamentos latinos, cuyo sueño está lleno de ideas, de batallas y de triunfos. El primer día les pareció que París es suyo, se adormecen en esta confianza; mas á pesar de haber dejado abiertas las ventanas, el éxito no ha entrado por ellas. Yo estaba tranquilo respecto de M. Pablo Alexis, seguro de que le llegaría su hora, porqué tenía carácter, y aquí tenemos ya su primer libro. Tal vez se ha hecho esperar un poco, pero tiene un sabor que revela al analista y al pintor de raza. Ahora ya el suelo de París es suyo y puede caminar por él á su albedrío.

Las novelas cortas se ven un poco desamparadas en la época presente, en que las corrientes del gusto no se encaminan hacia esas breves narraciones, á veces tan delicadas y de un arte tan exquisito. Lo mismo sucede en el teatro, donde todo principiante quiere del primer empuje dar su pieza en cinco actos, comprendiendo perfectamente el apetito del público. Si M. Pablo Alexis hubiera consumido en una novela el talento que acaba de aplicar

á las cuatro que componen su libro, es indudable que hubiera tenido un éxito extraordinario. He aquí por qué insisto en hablar de estas novelitas, á fin de que sean leídas y se comprenda todo su verdadero mérito.

La primera, que ha dado su título á la colección, es indudablemente la mejor, bajo el punto de vista del estilo y del mecanismo artístico. Es á modo de una serie de pequeñas aguas fuertes, breves capítulos desarrollando la agonia de una muchacha que muere en una postrera aspiración de placer, en medio de la imbécil charla de cuatro mujeres que han acudido á su cabecera, atraídas por la curiosidad de la muerte. Nada más sencillo como asunto y nada más fuerte como observación franca y vigorosa. Allí está condensado, analizado y reducido con admirable relieve un pedazo de la vida de la calle parisiense. El saloncillo del comerciante de vino, donde pasa la acción; la conversación de las cuatro mujeres, con su curiosidad, que crece por momentos; luego la escena en casa de Lucía, en aquella habitación desamueblada por los acreedores, en tanto que la infeliz tose en la cama; aquella moribunda, apurando la última copa de ajeno y soñando

con su boda; todo el cuadro tiene un acento de verdad y una fuerza de expresión, que hacen de él la reproducción inolvidable y gráfica de un rincón de nuestro París.

He aquí la gran fuerza de lo verdadero, por eso queda impreso eternamente. Todo documento aportado es incontestable y nada puede contra él la moda. Agregad á esto que detrás del observador hay un artista que aplica sin cesar á los hechos observados el fuego de su temperamento y los matices de su gusto. No se trata de una idealización ó deformación, sino de una composición lógica, clasificando y haciendo valer los hechos. La imaginación, como he dicho tantas veces, no está aquí ya la invención extravagante en alas de una loca fantasía, sino una reminiscencia de las verdades entrevistas y una relación ó encadenamiento de las ideas entre sí. Por ejemplo: en *El fin de Lucta Pellegrin* la imaginación hay que buscarla en aquella perra preñada que cruza por la acción y que pare en la cama, en tanto que su ama espira en el suelo. Toda la novela resulta de un arte esmeradísimo, en medio de su aparente sencillez.

La que sigue, *El infortunio de M. Fraque*

viene á ser el plan desenvuelto, y en ciertos puntos acabado, de una gran novela de observación. M. Pablo Alexis, que se ha criado en una ciudad de provincia, en Aix, ha evocado los recuerdos de su infancia y nos ha dado un curiosísimo estudio de la pequeña población de Noirfond. Nada tan lindo y original como el asunto, verdadera historia, apenas modificada en los detalles. Se trata de la gran lucha de M. Fraque y de su mujer, Zoé de Grandval; lucha terrible, en que ésta última, después de haber abrumado á su marido con una rabiosa serie de adulterios, acaba por derrotarle definitivamente, lanzándose en la religión y dejando toda su fortuna á un joven y amable sacerdote que hace edificar capillas. Monsieur Fraque no encuentra más recursos para defenderse que dedicarse con verdadera pasión á la cría de puercos y exagerar su nacimiento sordera. Más adelante, cuando su mujer se entrega al abate de la Mole, M. Fraque se entrega al pastor protestante Menn; linda batalla de religiones que pone fin á la novela.

Ya no nos hallamos aquí en presencia de los cuadritos tan acabados de *El fin de Lucta Pellegrin*, sino de grandes trozos de análisis

de la vida de provincias. El único defecto consiste, vuelvo á decir, en que el asunto no ha sido suficientemente desarrollado en todo su conjunto; cuando había allí elementos para una novela, sólo hay ciertas escenas á las que se haya dado toda la extensión debida. A pesar de ello, y precisamente por esta obra incompleta, se pueden adivinar las buenas cualidades del novelista; pertenece á la sólida raza de Balzac; se arrojará indudablemente los grandes análisis sociales y no se detendrá en los cuadros de filigrana, especie de dibujo del arte, que hoy están ya al alcance de todos los principiantes. Nuestra joven literata atiende á los estudios de la naturaleza y del hombre.

Con *Las mujeres del padre Lefèvre* volvemos á lo que yo llamo fantasía de lo verdadero; pero el asunto es tan hermoso, que hace esta novelita acaso la más agradable del libro. Figúraos un hecho sencillo, poco más que una anécdota: los estudiantes de una ciudad de provincia proyectando dar un baile el jueves de la tercera semana de Cuaresma, contrariados en un principio por la falta absoluta de mujeres y salvados luego de la dificultad por

un sargento, que se encarga de reclutar mujeres en Marsella, y arroja sobre el empedrado de la localidad trece muchachas feas, cuya presencia insurrecciona á los habitantes. Aquí está todo; no hay asunto, pero resaltan en la obra una gran fuerza cómica y una ironía encantadora en la exactitud de la observación y del desempeño. Nada de exageraciones para forzar la risa, sino tal cuál burla discretamente expresada. Lo cómico está en la verdad, en las impaciencias y terrores de aquellos jóvenes privados de mujeres, y que acuden inútilmente, á la llegada de cada tren, á esperar al señor Lefèvre, que no acaba de llegar, y en el desembarco de aquellas damas, acompañado de los gritos de entusiasmo de la gente joven, de los comprimidos apetitos de los burgueses, parados ante el café de los Cuatro Billares, y de las murmuraciones de la ciudad, donde un mes después del baile se sigue todavía hablando de las advenedizas.

He estampado la frase «fantasía de lo verdadero.» En la actual corriente naturalista tenemos poemas de la verdad que marcan la época; no son ya construcciones en el aire, silfos ni hadas, creaciones imaginarias flotando en

un mundo inmaterial, sino hechos verdaderos y criaturas reales, pero presentadas con cierta envoltura de frase, ora melancólica, ora burlesca, dispuestas para obtener la mayor suma de efecto posible y sin que la observación y el análisis se extralimiten jamás de la órbita de la naturaleza. Hasta puede decirse que toda la generación de novelistas que hoy proceden de Balzac y Víctor Hugo son, bajo este aspecto, poetas de la verdad. Y colocó *Las mujeres del padre Lefèvre* en el número de esas fantasías agradabilísimas, formadas estrictamente de elementos sacados de la realidad, animadas por el mismo fuego de la observación y el análisis.

La última novela, el *Diario de M. Mure*, nos conduce al severo análisis. El asunto es también de los más sencillos, porque se contrae á un estudio psicológico y fisiológico. M. Mure, magistrado en una pequeña capital, ha visto crecer á Elena, la hija del capitán Derval. Poco á poco, inflamado de un amor inconsciente, que no se atreve á confesarse á sí mismo de una manera categórica, pasará toda su vida sin poseer aquella mujer que otros poseerán antes que él, indefinidamente. Pri-

mero la casa con un sustituto imbécil, M. Moreau; después, tiene el sentimiento de verla escaparse en compañía de un M. de Vandeuilles, con quien se refugia en París; luego, aquella mujer cae en mayor envilecimiento, hasta rodar en el fango, y el magistrado la encuentra en brazos del saltimbanqui Fernando; y, por último, la reconcilia con su marido, y se consuela con la última satisfacción del regreso y del triunfo de la esposa, en medio de la sociedad de la población que aquélla había escandalizado en otro tiempo. Aquel desventurado M. Mure es un continuo fracaso; viene á ser á modo de un estudio de la paternidad en el amor. Es el proveedor de la felicidad para los demás, sin obtener jamás la suya propia; y de aquí arranca la gran originalidad de la obra, análisis de exquisita delicadeza: el placer de trabajar para la dicha de Elena, amargado por los celos de verla pertenecer á otros; abnegaciones y pesares de toda especie; su delicado pudor turbado por un persistente deseo, hasta en su vejez, y por fin, una resignación no exenta de interiores satisfacciones. Es una creación personalísima.

Esta última obra es una novela de observa-

ción reducida, como el *Infortunio de M. Fraque*, pero á mi juicio aún más desnuda y de una concepción mucho más vasta. En este momento la evolución que se realiza en la novela parece conducirla, con preferencia á la sencillez de la vida ordinaria, al estudio del fracaso humano, tan soberbiamente analizado por Gustavo Flaubert en la *Educación sentimental*. Es una reacción fatal contra las exageraciones apasionadas del romanticismo; se penetra en la corriente vulgar de la existencia, se pone de manifiesto el vacío y la tristeza para protestar contra las huecas apoteosis y los falsos sentimientos de las obras románticas; lo cual es muy de apreciar, puesto que por este camino volvemos al arte sencillo y verdadero, á sentimientos humanos y á un lenguaje lógico. Me refiero aquí al método, al camino bueno ó malo, sin perder nunca de vista la cuestión de temperamento.

Tal es, pues, el libro de M. Pablo Alexis y que seguramente se le va á clasificar de esta manera: es la obra de un joven naturalista, de uno de esos horribles naturalistas que nada respetan y que se copian unos á otros. Así la crítica corriente, en su impaciencia y poca

atención á lo exacto y á lo verdadero, repite juicios ya formulados y radicalmente falsos. La verdad es que los jóvenes novelistas á quienes se pretende abrumar bajo el epíteto común de naturalistas, tienen precisamente los temperamentos más opuestos que puede imaginarse; ninguno de ellos encarna la misma personalidad, ninguno observa la humanidad bajo el mismo punto de vista, y, sin embargo, se les supone fervientes discípulos de una misma religión, con la escasa inteligencia que caracteriza nuestra crítica actual. Acaso algún día estudiaré á esos novelistas para fijar sus desemejanzas, porque hace mucho tiempo que me irrita ver el baturrillo de juicios y opiniones que se forman respecto de ellos; mas, por la presente, sólo se trata del autor del *Fin de Lucia Pellegrin*.

M. Alexis es, ante todo, un *sensitivo*. En sus obras, el análisis procede por medio de la sensación. Necesita ver para saber, sentirse conmevido para pintar. Todo su libro está compuesto de recuerdos; cuenta, modificándolas apenas, historias que han pasado á su alrededor. Evidentemente necesita operar sobre la naturaleza, no disecciona bien sino á las

personas que ha conocido y tratado. Y de este modo obtiene finos y delicadísimos matices. No creo que llegue nunca á presentar grandes figuras típicas sacadas de su cerebro, pero utilizará con verdadera fuerza de penetración los documentos que le suministre la vida.

Añadid á esto que es artista, quiero decir hombre de estilo y de simetría latina. Por más que el trabajo le sea penoso, no puede abandonar completamente su frase y difícilmente renuncia á producir efecto. En el *Diario de M. Mure*, última novela que ha escrito y la más amplia de concepción y de factura, despliega un arte complicadísimo de coordinación bajo la aparente confusión de esas observaciones cortas ó largas derramadas sobre el papel á todas horas y en todos tiempos. Como ya he dicho, más que de composición, se trata de clasificación.

Es preciso que M. Pablo Alexis escriba una novela formal, porque se siente sofocado en la novela corta, siendo así que le sobra aliento para obras de más alto vuelo. Las crudezas y crueldades de análisis de su primer libro disgustarán acaso á mucha gente, pero estoy seguro que todos verán en él una energía y originalidad poderosísimas.

Los documentos humanos.

En el estudio que he dedicado á la notable novela de M. Huysmans, las *Hermanas Vutard*, he consignado esta frase: «Se acabará por dar simples estudios, sin peripecias ni desenlace; el análisis de un año de existencia, la historia de una pasión, la biografía de un personaje, las observaciones hechas sobre la vida y lógicamente clasificadas.» Ya esperaba yo que esta frase había de escandalizar á muchos de mis colegas. Unos se han disgustado, otros se han burlado, y todos me han acusado de negar la imaginación, matar la inventiva y establecer como regla que la novela debe ser trivial y vulgar.

Lo que me asombra siempre es la manera cómo se me lee. Hace más de diez años que vengo repitiendo los mismos conceptos, y seguramente debo explicarme muy mal cuando son todavía muy pocos los que consienten en leer «blanco» cuando he escrito «blanco»; de cada ciento, ochenta y nueve se obstinan en leer «negro». No quiero emplear las pala-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

brotas de necedad y mala fe, sino suponer más bien que se verifica en esto un fenómeno de la visión.

¡Qué de necedades no se han dicho sobre el infeliz naturalismo! Si me propusiera reunir todo lo que se publica sobre el asunto, elevaría un monumento á la imbecilidad humana. Oid á toda esa gente: «¡Ah! sí, los naturalistas, esos hombres de manos sucias que pretenden que todas las novelas se escriban en caló y que eligen premeditadamente los asuntos más repugnantes en las clases bajas y en los sitios inmundos.» Nada de eso, ¡mentís! Hacéis miserablemente del naturalismo una cuestión de retórica, mientras yo me he esforzado siempre en hacer de él una cuestión de método. He llamado naturalismo al amplio movimiento analítico y experimental que arranca del siglo XVIII y que se ensancha tan magníficamente en el nuestro. Es una e-tupidez suponer que yo reduzca el horizonte, que relego la literatura á nuestros arrabales, que la reduzco á las impurezas del idioma, cuando, por el contrario, muestro el dominio literario extendiéndose más y más hasta confundirse con el dominio de las ciencias.

¡*L'Assommoir*, siempre *L'Assommoir*! No parece sino que se quiere hacer de este libro una especie de evangelio absurdo. ¡Bah! He escrito diez novelas antes de esa, y escribiré otras diez. He tomado como asunto la sociedad entera; he paseado ya mis personajes por veinte mundos diferentes, hasta por el mundo de los sueños. No digáis, pues, que tengo la idiota pretensión de no pintar más que el arroyo. Abrid los ojos y aprended á ver con claridad. Para esto no se necesita ni siquiera inteligencia, porque basta consignar hechos. Y sobre todo, no me acuséis de inventar una religión literaria, porque no es verdad, porque soy simplemente un crítico que estudia su época, remontándose hasta el siglo anterior para buscar las fuentes de Balzac, y descendiendo hasta nuestros días para decir hasta dónde llega el movimiento que el autor de la *Comedia humana* ha impreso á nuestra literatura; á esto está reducida mi tarea. El naturalismo no me pertenece, porque pertenece al siglo; opera sobre la sociedad, sobre las ciencias, sobre las letras y las artes y sobre la política, porque constituye la fuerza de nuestra edad.

¿Me habré explicado bien esta vez para que me comprendan? ¿Se pretenderá aún encerrar el naturalismo entre las cuatro paredes del lavadero del Ambigú?

Pero me irrito, y hago mal. Vuelvo al tema de la imaginación en la novela. La idea de que la novela tiende á convertirse en una sencilla monografía, una página de existencia ó el relato de un hecho único, ha parecido monstruosa y revolucionaria. Preciso es, en verdad, que nuestros narradores hayan perturbado los cerebros con las complicaciones de sus historias soporíferas. Sin remontarnos á la *Nuevo Eloisa*, á *Werther* y á *René*, que no son más que análisis de un hecho psicológico, citaré principalmente á los hermanos Goncourt, cuyas novelas *Manette Salomón* y *Madame Gervais*, cuyas dos novelas publicadas hace diez años, no ofrecen interés alguno de intriga y viven únicamente del estudio de un medio ó de un personaje.

Precisamente M. Edmundo de Goncourt va á publicar una obra nueva: los *Hermanos Zenganno*, que es la historia de dos clowns. Y para no hacerme sospechoso de que pretendo analizar el libro bajo mi punto de vista, prefiero

tomar la reseña de un bello artículo que acaba de publicar M. Alfonso Daudet.

« La trama — dice — es muy sencilla: una existencia completamente consagrada al arte y á la amistad. El primogénito viene á ser á la vez padre y maestro del más joven. La vida les abre nuevos horizontes; sus ejercicios, sus juegos de habilidad asombran á París; llueve sobre ellos la fortuna, casi la gloria. Pero un día el rencor de una amazona hace fracasar el ejercicio; el más joven de los hermanos se desploma sobre la arena del circo con las piernas quebradas, y el mayor renuncia, no sin pena y sin amargura, á su arte, y jura al enfermo, para calmar sus inquietudes, que ni con otro ni sólo volverá jamás á trabajar... No hay desenlace: estas realidades no suelen tenerle. »

He aquí un excelente resumen: no he dicho yo otra cosa al hablar de las *Hermanas Vatará*, de M. Huysmans. Hasta confesaré hoy que me acordaba de las obras de MM. de Goncourt al escribir mi frase sobre las tendencias que parecen demostrar los novelistas á simplificar más y más la intriga, á suprimir los golpes teatrales de los desenlaces y á no dar á los

lectores más que sus notas sobre la vida, sin enlace ni coordinación preconcebidos. Por lo que á mí toca, añadiré que estoy por los estudios más completos, abrazando conjuntos de documentos humanos más amplios. Yo no hacía más que consignar un hecho, y por consecuencia de ese extraño fenómeno de la visión de que he hablado, venimos á parar en que se ha leído con todas sus letras en mi artículo que quería suprimir la imaginación y hacer de la trivialidad la regla de las novelas.

Sería, ante todo, preciso, ponerse de acuerdo respecto de las palabras imaginación y trivialidad. Sí, yo rechazo, en efecto, la imaginación, si por tal se entiende la invención de los forjadores de novelas-folletines, aun cuando esos escritores sean verdaderos genios en el género y aunque se llamen Alejandro Dumas ó Eugenio Sué. No hay cosa más monótona que sus aventuras, encerradas en doce ó trece combinaciones dramáticas que se repiten constantemente. Es un teatro mecánico, cuyo manubrio hacen girar los directores desde el escenario, y donde periódicamente reaparecen los mismos personajes bajo nombres y tra-

jes diversos. No digo nada del fondo, porque en él sólo se encuentra el vacío, y se les lee como se juega al tejo, por matar una hora de tiempo.

No consiste en eso la imaginación, la facultad de imaginar que sólo tiene en dichas producciones un empleo grosero. Inventar un cuento en toda regla, irle empujando hasta los últimos límites de la verosimilitud y despertar el interés, merced á tramas y complicaciones increíbles, es la cosa más fácil y más al alcance de todo el mundo. Tomad, por el contrario, hechos verdaderos que hayáis observado á vuestro derredor, clasificadlos en un orden lógico, llenad los intersticios con la intuición, realizad el maravilloso resultado de infundir vida á documentos humanos, una vida propia y completa adaptada á un medio, y habréis en tal caso ejercido, en grado superior, vuestras facultades imaginativas.

Pues bien: nuestra novela naturalista es precisamente el producto de esa clasificación de notas y de la intuición que las completa. Ved las novelas de Balzac, *La Mujer de treinta años* y *Eugenia Grandet*; un novelista cualquiera hubiera podido firmar *La Mujer de*

treinta años, al paso que sólo un autor naturalista habría podido escribir *Eugenia Grandet*; porque la primera de esas novelas es inventada, mientras que la otra es vista y adivinada.

Pasemos ahora al reproche de trivialidad, y lo primero que nos sale al paso es una cuestión de apreciación, porque es harto difícil especificar lo que se entiende por trivial. Se dirá que es trivial aquello que se ve todos los días; pero ¿no puede suceder que, aun viéndolo todos los días, no nos hayamos detenido á observarlo? ¿Y si sacamos de ello verdades soberbias y desconocidas? Esta es la historia del gran movimiento científico del siglo XVIII. Nadie había tenido la ocurrencia de analizar el aire atmosférico, precisamente porque el aire era cosa común y trivial, hasta que Gay-Lussac le analizó y fundó sobre sus observaciones la química moderna.

Se nos acusa, pues, de triviales porque emprendemos el estudio de la verdad con relación á la naturaleza y al hombre. Viene después la cuestión de forma. ¡Asombra considerar que hay personas que han tachado de trivial á M. Huysmans! En él se encarna un

poeta arrebatado, un colorista de la escuela holandesa, abandonándose á la intemperancia de los tonos fuertes, que es precisamente lo que yo le censuro. Si es trivial como escritor, será preciso acusar á los novelistas de la *Revista de Ambos Mundos* de entregarse á orgías de estilo. No, no es trivial la novela contemporánea; no lo es en el grado que debiera serlo, y de ello me he lamentado muchas veces; pero, como de costumbre, no se me ha comprendido. La idea de que yo podía ser un clásico ha dado bastante que reír.

Quisiera, sin embargo, que se dejara de atribuirme opiniones que no me pertenecen. Yo no erijo la trivialidad en sistema, ni rechazo la imaginación, sobre todo la deducción, que es su forma más elevada y sólida. Lo mismo digo del horror que se me atribuye á la poesía. ¿Dónde, cuándo he escrito dos líneas en que aparezca la necia pretensión de suprimir los poetas? ¿Dónde y cuándo se me ha sorprendido en actitud de echar un velo sobre el cielo de la fantasía, de negar al hombre la facultad de mentir, idealizar ó prescindir de lo real? Yo acepto al hombre en todo su conjunto, pero le explico por la ciencia. Veinte veces

he dicho que me disgusta ser engañado, pero nada más.

Si sois autor de obras fantásticas teatrales, y por ende poeta, escribid comedias de magia, dadme espectáculos maravillosos y me proporcionaréis un gran deleite; pero si en un drama ó comedia pretendéis exhibir hombres, y vuestros hombres resultan figuras articuladas, especie de Juan de las Viñas, me sublevaré contra esas creaciones.

Así en la novela: escribid francamente potmas, si experimentáis algún día la necesidad de idealizar, pero no me ofrezcáis historias grotescas é imposibles, queriendo hacerme creer que así han pasado los hechos de vuestro relato. Fuera las obras bastardas é hipócritas, basta de mescolanzas inaceptables, de monstruos semi-reales, semi-fabulosos; atrás las pretensiones de deducir, haciendo servir de fundamento una mentira y tratándose de un pensamiento moral y patriótico. O sois un observador que acumula documentos humanos, ó un poeta que me cuenta sus sueños, y en este caso solamente os pido para admiraros que tengáis genio.

Debo añadir que la evolución contemporá-

nea se opera evidentemente en favor del observador, del novelista naturalista, y lo explico por razones sociales y científicas; pero todo lo acepto y á todo me acomodo, porque amo la vida como hombre práctico que la anota día por día.

Así, por ejemplo, en *Los Hermanos Zenganno*, ha tenido M. Edmundo de Goncourt el original capricho de emanciparse de la realidad inmediata para entrarse por los dominios de la fantasía. Después de la novela técnica, la *Hija Elisa*, ha querido demostrar que podía sustraerse á la observación exacta. Su nuevo libro es de psicología poética, si se me permite la frase. Pues bien, yo apruebo esa tentativa, y no dejará de ser curioso ver cómo piensa y escribe en prosa de poeta uno de los autores de *Germinia Lacerteux*. Los honrados burgueses á quienes asustó la *Hija Elisa*, verán que, cuando queremos, sabemos hacer llorar á las mujeres y soñar á las muchachas. Por ventura, el innoble autor del *Assommoir*, ¿no ha escrito la segunda parte de *La Caída del abate Mouret*, idilio paradisiaco, especie de símbolo, amores ideales en un jardín que no existe?

Hace cerca de catorce años, en el de 1864,

fue el único crítico que se atrevió á calificar de obra maestra á *Germinia Lacerteux*, y hoy anuncio como el gran acontecimiento literario de la temporada, la próxima aparicion de *Los Hermanos Zemganno*; lo que no quiero es que se utilice este último libro para atacar al primero. Voy todavía más lejos; léanse *Los Hermanos Zemganno* y las *Hermanas Vatará*, y se verá que no hay entre ambas producciones más diferencia que la que puede existir entre la obra de un maestro y la de un principiante. Me agradan estas obras porque las dos parten del mismo método literario; una de la fantasía, otra de la realidad; tienen ambas la vida del estilo.

LOS HERMANOS ZEMGANNO

I

El prefacio.

Me detendré primero en el prefacio que el autor ha puesto al frente de su obra. Tiene la importancia de una declaración, y es notable; mas como me ha parecido algo sucinto, voy á permitirme sobre él algún comentario. Al desarrollar algún tanto las ideas en él contenidas, quiero evitar que se dé á las opiniones expuestas por M. de Goncourt un alcance que no han tenido jamás en la mente del autor.

La tesis sostenida por éste es que el triunfo decisivo de la fórmula naturalista se verificará cuando se aplique esa misma fórmula al estudio de las altas clases sociales. Citaré alguna de sus frases: «Pueden publicarse libros como